

25. Las Obras de la Carne

E. J. Waggoner

«Y manifistas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.» (Gálatas 5:19-21, RVR1960).

La carne no puede hacer nada bueno. Sus obras son pecado, y solo eso. Aunque intente hacer algo bueno, como a menudo lo hace, el resultado es el mismo. La carne está unida al pecado, y no hay manera de que ambos puedan separarse. Cuando uno se manifiesta, el otro también se manifiesta. En vida o muerte, los dos deben ir juntos.

La carne obra siempre que la fe está ausente. «Pero el que duda sobre lo que come, es condenado, porque no lo hace con fe; y todo lo que no proviene de fe, es pecado.» (Romanos 14:23, RVR1960). Donde la fe está presente, Dios obra; donde la fe está ausente, la carne obra. La carne no puede hacer las obras que Dios hace. Esto declaró el Salvador cuando los judíos le preguntaron qué debían hacer para obrar las obras de Dios. «Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado.» (Juan 6:29, RVR1960). Por la fe, recibimos a Cristo, y entonces las obras que se hacen, son hechas por Él. En consecuencia, son las obras de Dios.

El gran error que cometan los hombres es pensar que la carne puede hacer las obras de Dios. La mente natural es tan ignorante de lo que son esas obras —los caminos y pensamientos del hombre están tan por debajo de los caminos y pensamientos de Dios— que naturalmente no tenemos concepción de lo que es la justicia. En consecuencia, andamos, como los judíos de antaño, buscando establecer nuestra propia justicia; y al hacerlo, erramos la justicia de Dios. Podemos obtener algo que nos parezca justicia, pero en el día del Juicio, si dependemos de eso, nos encontraremos terriblemente equivocados.

La Carne en Esclavitud

Cuando la carne intenta hacer las obras de Dios, solo se manifiesta la esclavitud. La carne está en esclavitud a la ley de Dios, porque «no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede estarlo». No puede haber armonía entre ellas. El Espíritu codicia contra la carne, y la carne contra el Espíritu (Gálatas 5:17), de modo que «no podéis hacer lo que querriáis». Y esto es lo que revela la esclavitud de la carne: la incapacidad de hacer las cosas que intenta hacer y que Dios ha mandado que se hagan; el deseo de la carne contra ellas; la total incapacidad de la carne para entrar en armonía con ellas. Cuando la carne deja de intentar hacer las obras de la ley, surge una sensación de libertad, no porque la esclavitud haya desaparecido, sino porque no se siente. El cautivo que lucha por andar en libertad tiene una aguda conciencia de las cadenas que lo atan; pero cuando abandona sus esfuerzos y se sienta pasivamente, el poder de las cadenas no se siente. Y si un hombre fuera tan ciego a las cosas literales, podría fácilmente imaginar que ya no estaba en esclavitud.

La carne está encadenada al pecado; y cada vez que intenta ir en una dirección contraria al pecado, las cadenas la retienen, y el individuo experimenta una sensación de esclavitud. Pero si deja de intentar ir en contra del pecado, ya no siente el tirón de las cadenas. El individuo puede entonces, en su ceguera, imaginarse en libertad, y regocijarse de haber, según él, salido de la esclavitud a la libertad. Pero no tiene libertad, solo la libertad que da Satanás. Porque Satanás sujetó las cadenas y lleva a su víctima cautiva a su voluntad. Mientras se mueva donde Satanás quiere que vaya, no siente la fuerza restrictiva de sus ataduras. El diablo dará a su cautivo suficiente cuerda para que no sea desagradablemente consciente de su cautiverio. Pero en el momento en que intenta dejar el camino del pecado y andar por los caminos de Dios, se encuentra en esclavitud, y por mucho que se esfuerce, no puede liberarse. Se encuentra unido al pecado, de modo que solo puede ir donde el pecado también va.

Por la ley es el conocimiento del pecado. Sin la ley, el pecado está muerto (Romanos 3:20; 7:8). El individuo es entonces consciente de su incapacidad para obrar las obras de Dios. Pero cuando viene el mandamiento, el pecado revive (Romanos 7:9). La esclavitud del pecado se hace sentir. Para la carne, «la ley obra ira». «Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar.» (Gálatas 4:24, RVR1960). Produce esclavitud, de modo que es sentida y percibida por el

individuo. «Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muriere, es libre de esa ley, de tal manera que si se uniere a otro marido, no será adúltera.» (Romanos 7:2-3, RVR1960). El individuo que, en la carne, toma sobre sí el nombre de Cristo, se hace así culpable de adulterio, que es la primera mención de las obras de la carne. Porque la carne es el «viejo hombre», el primer marido de la «mujer», y este marido debe morir antes de que ella pueda unirse lícitamente a otro. Así, el mismo efecto de la carne de obrar las obras de Dios se convierte solo en un intento de cometer adulterio. Lo que la carne haga o intente hacer es, por supuesto, solo una obra de la carne; y los que hacen tales obras, se nos dice, «envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os admonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.» (Gálatas 5:21, RVR1960).

Algunas Ilustraciones

Abraham intentó en una ocasión obrar las obras de Dios por medio de la carne. Dios le había prometido que sería padre de muchas naciones, y Abraham estaba ansioso, por supuesto, de que la promesa se cumpliera. Pero como Sara, su esposa, era estéril, no tenía hijo. Así que Abraham y Sara se dispusieron a lograr el cumplimiento de la promesa. El resultado fue Ismael, el hijo «nacido según la carne», el «que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre.» (Gálatas 4:29-30, RVR1960). En esto, Abraham y Sara mostraron falta de fe, pues la fe habría creído que Dios podía hacer lo que había prometido, incluso bajo condiciones que parecerían imposibilitarlo. Y estando ausente la fe, lo que hicieron fue una obra de la carne, y el resultado fue un hijo nacido según la carne. La carne, al intentar realizar la obra de Dios, simplemente engendró esclavitud.

Jacob y Rebeca intentaron resolver la promesa de Dios para Él cuando engañaron a Isaac y le indujeron a otorgar la bendición destinada al primogénito a Jacob; y el resultado fue una separación de por vida, con mucho sufrimiento y profundo arrepentimiento por parte de Jacob antes de que fuera restaurado a la tranquilidad de sus primeros años. Moisés pensó en

lograr la promesa de liberación para los israelitas cautivos por su propia fuerza, cuando «mató al egipcio y se escondió en la arena»; pero ese no era el camino de Dios, y se vio obligado a huir al desierto mientras el cumplimiento de la promesa se retrasaba cuarenta años. Y así sucede con cada intento de la carne de llevar a cabo los propósitos de Dios. Se queda tan lejos de lo que Dios pretende y requiere como la mente del hombre se queda corta de la mente de Dios. La promesa nunca se cumple, la obra nunca se realiza, hasta que llega por medio de la fe.

Liberación por la Muerte

Dios nos ha dado «grandísimas y preciosas promesas»; pero nunca podremos conocer su cumplimiento por medio de las obras de la carne. «A Abraham y a su descendencia fueron hechas las promesas»; y solo los que son hijos de la fe son la descendencia de Abraham. En la carne, estamos atados al «viejo hombre», la naturaleza carnal, que no está, ni puede estar, sujeta a la ley de Dios; y por lo tanto, en la carne no podemos ser de Cristo. Pero podemos llegar a ser de Cristo siendo crucificados con Él. Podemos encontrarnos con Él y unirnos a Él en la cruz (Gálatas 2:20). En la cruz, el «viejo hombre», el primer marido, es crucificado y muerto, y entonces podemos ser «de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios.» (Romanos 7:4, RVR1960). La carne no puede separarse del pecado; y por lo tanto, para que el pecado cese, debe morir. Entonces somos liberados de la «ley del pecado y de la muerte», la ley que nos ataba al pecado mientras estábamos en la carne. «mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia. Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras,» (Romanos 4:5-6, RVR1960).

Este es el cambio maravilloso que se obra en nosotros en la cruz. La ley no muere, sino que la carne muere, la ley del pecado y de la muerte es abolida, la enemistad entre nosotros y la ley muere, la esclavitud cesa, y nos unimos a Cristo en fe, y la ley se convierte para nosotros en «la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús». Entonces cesan las obras de la carne, y obramos las obras de la fe, que producen los frutos del Espíritu, y somos herederos con Abraham de las promesas hechas a él y a su descendencia.

PT, 22 de febrero de 1894